



**Universidad
Nacional
de Rosario**

Facultad de Psicología

Trabajo Integrador Final

Una lectura psicoanalítica en torno al duelo: el espacio
analítico como apertura a una temporalidad otra

Modalidad de presentación: Ensayo

Autora: Clara Maite Abba

Legajo: A-5658/8

D.N.I: 41.947.652

Docente del espacio TIF: Luisina Bourband

Docente responsable: Antonela Fiocchi

Agradecimientos

A mi familia, mi novio y mis amigas, porque ningún trayecto se hace sola.

Especialmente a mi mamá y a mi papá que esperan de mí desinteresadamente. Quienes me transmiten con sus ejemplos lo invaluable de perseguir y sostener con convicción el camino elegido.

A la Educación Pública que me aloja desde que tengo memoria y hoy me permite cumplir el anhelo de formarme como psicóloga.

A los docentes de esta Casa que se han tomado el trabajo de mirarme, dejando marcas imborrables en mí.

Índice	
Introducción.....	4
El duelo.....	5
Versión freudiana: acerca de lo sustituible.....	5, 6, 7
Lineamientos lacanianos: acerca de la función estructural.....	7, 8, 9
La imposibilidad de colmar la falta.....	
Sobre la especularidad y lo irreplicable.....	9, 10, 11
Lo epocal.....	12, 13, 14
A muerte seca, pérdida a secas: el movimiento a partir de Allouch.....	
Sobre el des-tiempo.....	14
La experiencia analítica y la posición del analista.....	15, 16
Reflexiones finales.....	17, 18
Referencias bibliográficas.....	19

El presente ensayo titulado “Una lectura psicoanalítica en torno al duelo: el espacio analítico como apertura a una temporalidad otra” se realiza a modo de Trabajo Integrador Final correspondiente a la carrera de Psicología de la Universidad Nacional de Rosario. El recorrido por esta casa de estudios ha sembrado ideas e interrogantes que se pondrán en juego a lo largo de estas páginas. Al concluir esta etapa de formación como futura profesional de la salud mental, me siento convocada por la compleja y cotidiana problemática del duelo como acontecimiento humano.

El interés se desprende de su complejidad y cotidianeidad, de su singularidad, pero a la vez de los efectos que produce en el lazo con los otros. Repensar el lugar que tiene en la actualidad, se justifica entendiendo que la relación con la muerte se transforma a lo largo de las épocas.

En un contexto donde la tecnología y la ciencia ofrecen herramientas de acceso inmediato para *reparar* la pérdida, se vuelve imprescindible reflexionar, desde un abordaje psicoanalítico, sobre el lugar que se le otorga al duelo en la época actual ¿Cómo se ha problematizado la noción de duelo desde este discurso? ¿Qué lugar se le da a la pérdida? ¿Es el duelo un proceso con un fin definido o un trabajo que contiene cierta indefinición? ¿Qué ofrece un espacio analítico?

Estas preguntas no solo abren el camino de este ensayo, sino que también permiten tomar al duelo como un eje central para explorar nociones clave de la existencia: la relación con los otros, el modo de habitar el mundo y el deseo. Además, se buscará poner de relieve los puntos de confluencia entre la experiencia del duelo y la experiencia de un análisis. Para ello, será ineludible el retorno a los aportes de diversos autores que han producido saberes desde el psicoanálisis. Este trabajo, más que un cierre, se propone como un texto en constante construcción, una lectura inacabada, en sintonía con la naturaleza misma del proceso analítico.

Invito a los lectores a sumergirse en estas páginas, a permitirse ser interpelados por las palabras, no solo como observadores, sino como partícipes de las preguntas y reflexiones que puedan surgir en su interior.

El duelo

Versión freudiana: acerca de lo sustituible

Hago que en mi, los muertos piensen: los vivos
me rodean, me impregnan, me toman justamente
en un sistema de ecos (...), pero los muertos son
objetos creadores. (...) solo la muerte es creadora.

— Roland Barthes, *Roland Barthes por Roland Barthes*

Para adentrarnos en la problemática del duelo, es ineludible retornar a los postulados freudianos. Tal como sostiene Foucault (1984) en *¿Qué es un autor?* Freud en tanto instaurador de una discursividad abrió la posibilidad a múltiples desarrollos, tanto de analogías como de diferencias. Una discursividad necesita siempre de un regreso o retorno a. Este retorno que no cesa de modificar la discursividad es posible porque hay olvido, que no es accidental sino esencial y constitutivo. En este sentido retornaremos a los textos de Freud para leer lo que está allí pero también a lo marcado como ausencia y vacío para elaborar una lectura.

Fue en un debate realizado en 1910 en la Sociedad Psicoanalítica de Viena donde Freud señaló la importancia de hacer una comparación entre los estados normales de duelo y la melancolía. Así surge el artículo *Duelo y melancolía* escrito en 1915 y publicado en 1917, que se convirtió en el principal en torno a esta temática a pesar de que Freud, estaba más interesado en dar cuenta de la melancolía. Allí lo define como “la reacción frente a la pérdida de una persona amada o de una abstracción que haga sus veces, como la patria, la libertad, un ideal, etc. A raíz de idénticas influencias, en muchas personas se observa, en lugar de duelo, melancolía (y por eso sospechamos en ellas una disposición enfermiza)” (p. 241, 2013).

Párrafos más abajo afirma que el trabajo psíquico del duelo implica el desprendimiento de la libido del objeto que la realidad muestra que ya no existe con el fin de investir un nuevo objeto. Ese *desasimiento* de la libido se ejecuta *pieza por pieza* acompañado de un talante dolido. A diferencia de ello, en la melancolía se produciría una identificación con ese objeto perdido, *la sombra del objeto cayó sobre el yo*. La pérdida del objeto se muda a una pérdida en el yo.

Como sostiene Allouch (2011) en *Erótica del duelo en tiempos de la muerte seca*, Freud no se proponía estudiar el duelo sino llegar a comprender la melancolía a partir de

tomar al duelo como un *afecto normal* y así trazar la diferencia entre lo normal y lo patológico. Pero ocurre que este estudio se vuelve una referencia y esto fue un malentendido: “Cuando a partir de algo conocido (el duelo) se iba a comprender algo desconocido (la melancolía), se convirtió lo conocido (el duelo) en el conocimiento de algo desconocido (el duelo)” (p.62).

Cuando hablamos de malentendido en psicoanálisis, nos referimos a algo que es inherente a la palabra y al lenguaje, en tanto es lo que nos impulsa a seguir hablando, pero a la vez seguir hablando alimenta ese malentendido. Más allá de esta acotación, Allouch (2011) se pregunta cómo una versión del duelo tan poco problematizada pudo tener un consenso general y cómo incluso quienes desplegaron versiones sobre el duelo, lo hicieron sin hacer una referencia crítica a la versión freudiana. Según el autor, esta “teoría del duelo” fue elegida como biblia en las zonas de la muerte invertida “por aquellos mismos que especialmente gracias a Freud y basándose en él habrían de sublevarse o intentar sublevarse contra la prohibición de la muerte y la inconveniencia del duelo” (p. 57). La muerte invertida es una noción descrita por el historiador francés Ariés, quien estudió los modos en que la relación con la muerte se ha transformado. Esta muerte invertida que se impone a la muerte romántica, se instala en el mismo momento en que Freud escribe *Duelo y melancolía*. Ariés ubica la muerte romántica como aquella que eterniza el amor, es unión y se propone como un más allá indefinido. Allouch (2011) cita a Ariés (1983) quien sostiene: “ha habido una ruptura que nos resulta intolerable en cuanto a cómo pensamos la muerte, por eso justamente esta generación romántica rechazó la muerte”. Entonces a partir del siglo XIX la muerte está en términos de Ariés, invertida. Se tiende a negar el duelo, a ocultar la muerte.

La obra de Allouch y otros artículos tomados como antecedentes sostienen la discordancia respecto a cómo Freud aborda la noción de objeto en este artículo y la que sostendrá en otros.

En *La transitoriedad*, escrito en noviembre de 1915, dos años antes de la publicación de *Duelo y melancolía*, Freud narra un intercambio con un poeta pesimista que cree que lo bello pierde valor por ser algo transitorio. Freud argumenta que, aunque todo lo bello y perfecto se extinguiera, eso tendría valor por su significación para nuestra vida sensitiva independientemente de su durabilidad. También, alude al duelo como un proceso doloroso, enigmático, donde tras la pérdida de un objeto, la libido quedaría librada para investir otros objetos o volver temporalmente al yo. Finalmente menciona que la guerra ha destruido muchas de las cosas apreciadas, pero afirma: “lo construiremos todo de nuevo (...) y quizá sobre un fundamento más sólido y más duradero que antes” (p.309).

Otros artículos anteriores que se sitúan en su *Contribución a la psicología del amor*, ya venían adelantando lo que concreta en *Duelo y melancolía*. En ellos analiza la

conducta amorosa de los hombres en relación a los objetos sexuales. En 1910 escribe *Sobre un tipo particular de elección de objeto en el hombre* y sostiene que “los objetos de amor pueden sustituirse unos a otros tan a menudo que se llegue a la formación de una larga serie (p. 161 , 2013).

Dos años más tarde aparece *Sobre la más generalizada degradación de la vida amorosa* donde parte del motivo de consulta más frecuente en esa época que ubica como impotencia psíquica. En este texto sostiene: “Ahora bien, he aquí lo que nos ha enseñado el psicoanálisis: toda vez que el objeto originario de una moción de deseo se ha perdido por obra de una represión, suele ser subrogado por una serie interminable de objetos sustitutivos, de los cuales, empero, ninguno satisface plenamente. Acaso esto nos explique la falta de permanencia en la elección de objeto, el «hambre de estímulo» que tan a menudo caracteriza la vida amorosa de los adultos” (p. 182, 2013).

Los textos mencionados parecieran mostrar una versión del duelo como si se tratara de una operación donde un objeto es reemplazado por uno nuevo que incluso parece más apreciable.

Ahora bien, encontramos otra versión en la carta que Freud le escribe en 1929 a su amigo Binswanger, quien había perdido un hijo, como Freud había perdido a su hija Sophie en 1920. Si bien Freud había afirmado que este acontecimiento no había cambiado su mirada acerca de la muerte, en esta carta enuncia: “Se sabe que el duelo agudo que causa una pérdida semejante hallará un final, pero que uno permanecerá inconsolable, sin hallar jamás un sustituto”, y agrega: “Todo lo que tome ese lugar, aun ocupándolo enteramente, seguirá siendo siempre algo distinto (...) es la única forma de continuar con el amor que no se quiere abandonar” (p. 431).

En síntesis, Freud a lo largo de los escritos seleccionados tras tocar el asunto del duelo pareciera que ha puntualizado más en la sustituibilidad del objeto que en lo que ocurre en el sujeto y lo que atañe a la pérdida en sí. Y es justo ahí donde se pueden ubicar las lecturas de Lacan y Allouch.

Lineamientos lacanianos: acerca de la función estructural

- La imposibilidad de colmar la falta

En todo caso,

había un solo túnel, oscuro y solitario:

el mío (...)

Como mencionamos anteriormente, Freud ya había indicado que, tras la pérdida de un objeto, habría otros que podrían sustituirlos y así recuperar la capacidad de amar y desear. Pero estos otros objetos, no dejan de ser tan sustitutos como el perdido. Aquí ubicamos lo elaborado por Lacan.

A pesar de no haber escrito un artículo específico, podemos recuperar en la enseñanza oral del Lacan seminarista, cómo va construyendo una versión del duelo que da cuenta de una posición que va un poco más allá de Freud o al menos que acentúa otros aspectos. Concretamente lo trabaja con mayor profundidad en los Seminarios 6 y 10, donde realiza una lectura de la tragedia de Hamlet.

La tragedia de William Shakespeare narra cómo el príncipe Hamlet de Dinamarca es atormentado por el fantasma de su padre, el Rey recién fallecido. El fantasma revela que fue asesinado por su propio hermano, Claudio -tío de Hamlet-. El conflicto se desencadena porque, poco después del asesinato, la madre de Hamlet, la Reina Gertrudis, se casa apresuradamente con el asesino, Claudio. La obra se centra en la confusión y la demora de Hamlet para vengar la muerte de su padre.

En el Seminario 6, titulado *El deseo y su interpretación*, esta tragedia le permite a Lacan ubicar, entre otros aspectos, el lugar del deseo y el encuentro con la muerte. Parte de la imposibilidad de Hamlet para actuar, distanciándose de la lectura de Freud. Sitúa que la incapacidad de Hamlet para llevar a cabo la venganza exigida por el espectro de su padre no se debe a un *escrúpulo de conciencia*, como lo interpretaba Freud, sino que es el síntoma de una profunda crisis en la articulación de su deseo con la ley y la castración.

El punto crucial para Lacan es la relación de Hamlet con el deseo de su madre, quien se casa con Claudio tras la muerte del Rey. Gertrudis sigue adelante con su vida y Lacan sostiene que Hamlet se encuentra capturado por la pregunta sobre el deseo de su madre. Esta revelación de la falta en el Otro, de la castración, es paralizante. Si el deseo de su madre es inconsistente en términos de que puede pasar de un hombre a otro, entonces la posición de Hamlet como objeto de ese deseo se desestabiliza por completo. No sabe qué lugar ocupa para ella, ni qué desear él mismo.

Al revelarse la castración en el Otro, se le presentifica a Hamlet su propia falta, la cual no puede asumir. De ahí su imposibilidad para actuar, justamente por no poder desprenderse de ser el falo para la madre y para ubicarse como un sujeto deseante. Además, Lacan señala que el *ghost* de su padre, quien le exige que venga su muerte, no es el garante de la ley simbólica, sino que es un padre que viene del más allá. Hamlet no puede apoyarse en una ley paterna fuerte y estructurante para llevar a cabo el acto, porque

esa ley está, en cierto modo, ya fallida o comprometida por la traición materna y la propia debilidad del espectro.

Lacan señala: "Ese homicidio no se ejecuta más que cuando Hamlet ya está herido de muerte, en el corto intervalo que le queda entre la muerte recibida y el momento en que se pierde en ella" (p. 326). Es en ese momento cuando puede actuar, cuando su propia muerte lo fuerza a caer del lugar en el que estaba imaginariamente capturado en el deseo del Otro.

Podríamos decir que es en este acto final donde se sitúa el duelo. La inminencia de su muerte lo confronta con la pérdida de sí mismo. No existe la posibilidad de seguir evitando la falta. El duelo, así, opera por su propia disolución.

El duelo estructura el deseo porque obliga a reconocer la falta, a reordenar lo simbólico y, en última instancia, a asumir la castración. Es ese vacío el que permite que emerja el deseo y ahí también el lugar donde podrán ubicarse objetos que intentarán responder a la carencia significativa.

- **Sobre la especularidad y lo irreplicable**

Hoy, al cabo de tantos y perplejos
años de errar bajo la varia luna,
me pregunto qué azar de la fortuna
hizo que yo temiera los espejos.

(...)

Nos acecha el cristal...

— Jorge Luis Borges, *Los espejos*

La novedad que introduce Lacan en torno al duelo es justamente que el acento se corre del objeto sustituible al sujeto. El dolor reside en que no es solo el objeto que perdimos sino quien fuimos en relación al que perdimos. Lo que fuimos para ese otro que ya no está conforma nuestra singularidad, irreplicable en otro lazo.

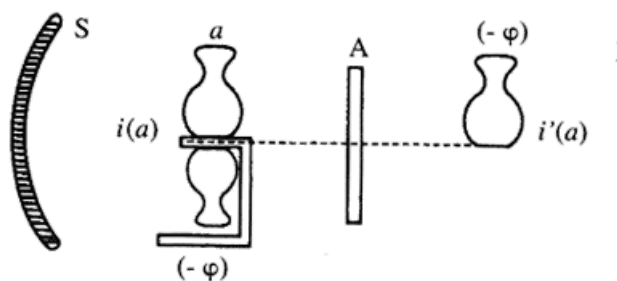
Battista (2011) señala que el duelo se despliega en el campo del narcisismo y en la dimensión de lo imaginario. Al igual que en el análisis, la existencia del narcisismo permite sostenerlo.

Lacan (2006) se adentra en este punto en el Seminario 10 dedicado al estudio de la función de la angustia en la experiencia analítica. A partir de exponer algunos casos suyos y recurrir nuevamente al estudio de Hamlet, sitúa dos tipos de identificaciones. Una identificación $i(a)$, lo que viene a ser la imagen especular y otra identificación *más misteriosa*.

Hasta aquí Lacan había abordado lo imaginario bajo la modalidad del falo, pero ahora introduce un imaginario no especular: hay algo que no pasa por la imagen: “El investimento de la imagen especular es un tiempo fundamental de la relación imaginaria. Es fundamental en la medida en que tiene un límite. No todo el investimento libidinal pasa por la imagen especular. Hay un resto” (p. 49).

Lo no especular se vincula a su invención del objeto a , cuyo estatuto es justamente su imposibilidad de imaginarse pero que paradójicamente Lacan, lo explica con el esquema simplificado del florero. Ese objeto está por detrás de esa imagen brillante que vemos. En el esquema ubicará que lo que corresponde al lado izquierdo - objeto a -, es del lado derecho el resto que insiste y que sitúa bajo el menos-phi. La angustia surge cuando algo aparece en este lugar: “Cuando algo surge ahí, lo que ocurre, si puedo expresarme así, es que la falta viene a faltar” (p. 52).

Figura 1



Esquema simplificado

Nota. Adaptado de *El Seminario de Jacques Lacan, Libro 10: La angustia*, por J. Lacan, 2006, p. 165. Copyright 2006 por Ediciones Paidós.

Entonces ¿cómo leemos la experiencia? hay algo que no está en la imagen sino en el modo en que esta se recorta.

Lacan apunta a llevar más allá lo que Freud dijo acerca del duelo en tanto identificación con el objeto perdido. A partir de la ausencia de ese objeto, se produce un nuevo estatuto: la función que desempeñamos de *ser* su falta creemos que podemos traducirla como que hemos *estado* en falta con esa persona. Esto se cristaliza en la

sensación de creer que el otro no supo que yo lo quería tanto o que no compartimos el tiempo suficiente ¿Por qué no regocijarnos en que el difunto haya existido? dirá Lacan, entendiendo esta ausencia de algún modo, como una carencia feliz, como algo que nos constituye como sujetos.

Así sostiene: “Llevamos luto y experimentamos sus efectos de devaluación en la medida en que el objeto por el que hacemos el duelo era, sin nosotros saberlo, el que se había convertido en soporte de nuestra castración. Cuando ésta nos retorna, nos vemos como lo que somos, en la medida en que nos vemos esencialmente devueltos a esa posición de castración” (p.125). Y más adelante:

Sólo estamos de duelo por alguien de quien podemos decirnos Yo era su falta. Estamos de duelo por personas a quienes hemos tratado bien o mal y respecto a quienes no sabíamos que cumplíamos la función de estar en el lugar de su falta. Lo que damos en el amor es esencialmente lo que no tenemos, y cuando lo que no tenemos nos vuelve hay, sin duda, regresión y al mismo tiempo revelación de aquello en lo que faltamos a la persona para representar dicha falta. Pero aquí, debido al carácter irreductible del desconocimiento acerca de la falta, tal desconocimiento simplemente se invierte, o sea que la función que desempeñábamos de ser su falta ahora creemos poder traducirla como que hemos estado en falta con esa persona - cuando precisamente por eso le éramos preciosos e indispensables (Lacan, 2006, p.155).

En conclusión, lo perdido va mucho más allá de la imagen pero podríamos decir que la imagen vehiculiza algo de eso que no pasa por ella, por eso es novedoso como actualmente la tecnología propicia modos de reparar lo perdido en función de imágenes que replican a los muertos a partir de la toma de la voz, las fotos, como si lo perdido fuera solo lo que vemos y no lo más profundo de un ser y lo que éramos para ese otro. Quizás lo que estos modos no pueden imitar se trata de la relación con el Otro en la que ubicamos el malentendido del lenguaje. Lo simbólico es lo propiamente humano y los intentos por replicar este orden serán fallidos.

Lo epocal

A muerte seca, pérdida a secas: el movimiento a partir de Allouch

Ya no soy más que yo
para siempre y tú
ya
no seras para mi
más que tú. Ya no estás
en un día futuro
no sabré dónde vives
con quien
ni si te acuerdas
no me abrazarás nunca
como esa noche
nunca
— Idea Vilariño, “*Ya no*”

Allouch publica en 1997 *Erótica del duelo en tiempos de la muerte seca* tras la muerte de su hija y de algún modo, como respuesta a ello.

Habiendo situado aspectos en torno a la crítica de la versión freudiana, Allouch diferencia lo que es el trabajo del duelo de un acto en tanto subjetivación de una pérdida. Ya en las primeras páginas el autor ubica que ante un fondo de insatisfacción respecto de la versión del duelo aceptada hasta ese momento, situará el duelo como “un acto sacrificial gratuito, que consagra la pérdida al suplementarla con un pequeño trozo de sí” (p. 23).

¿Qué quiere decir con *un pequeño trozo de sí*? Es lo que hace que una pérdida se subjetive, en la medida en que sin perder este trozo no hay subjetivación. No solo se pierde a alguien sino este trozo.

Entonces, ¿Qué ocurre si una pérdida no se subjetiva, si no se sacrifica gratuitamente este trozo de sí? Allouch dirá que el enlutado cree encontrar al muerto en la realidad y la vida le salta en la cara. Parece encontrarlo en la calle, en un movimiento, en

una silueta y eso dura un momento en donde lo asalta la posibilidad de que el difunto aún esté vivo. Como sostiene Lacan, cuando la falta viene a faltar esta se hace más presente que nunca.

En este punto vuelve a objetar a Freud en tanto, la realidad no estaría tan resuelta como lo supone en *Duelo y melancolía* porque sino esto no podría ocurrir. Allouch (2011) sostiene “Desde el punto de vista de la realidad, el muerto, lejos de tener el estatuto de inexistente y cuya misma inexistencia sería un dato a tal punto que permitiría basarse en ella para fundamentar decisivamente su duelo, el muerto es, también se lo denomina, un desaparecido (...) Pero un desaparecido por definición, es algo que puede reaparecer (...) De modo que nos vemos llevados a pensar que precisamente no habría prueba de la realidad para quien está de duelo” (p.71).

En estos términos, podríamos pensar que los intentos de replicar lo ausente —utilizando los modos imaginarios de la época y los artefactos tecnológicos, como la inteligencia artificial que es el ejemplo paradigmático—, lejos de elaborar la pérdida, acentúan lo que llamamos la *muerte seca*. Con ello, no solo el duelo y sus ritos carecerían de espacio, sino que la propia figura del muerto quedaría anulada. La pérdida se esfuma porque en el mismo movimiento que se pierde, se subsana por algo que hace a sus veces como sustituto. Si hubiera una verdadera subjetivación de la pérdida, ¿no resultaría inútil, o incluso grotesco, encontrar satisfacción en un mero sucedáneo?

Para Allouch (2011), la realidad se construye entonces el verdadero darse cuenta de que alguien ya no está, se trata de un acontecimiento. No se trataría entonces de que la realidad muestre que eso ya no está sino que esta misma se desfallece.

Entendiendo que la tesis freudiana muestra que si se ha podido erigir un objeto sustituto, esto implicaría que el duelo ha sido efectuado. Allouch cree que esto sería una promesa de felicidad, aunque también podríamos ponerlo en cuestión si pensamos que se trata de un volver a desear.

Ahora bien, otro punto de ausencia en Freud según este autor sería que no alude a la transmisión, pero eso sería porque ha escrito esto como padre. Allouch (2011) afirma que cuando hay muerte y duelo, hay transmisión, aun cuando se trate de la muerte de un hijo: “Está esencialmente ligada al hecho de que cada uno deja al morir esas “millones de huellas” de las que habla Foucault en *¿Que es un autor?* y con las que el superviviente debe hacer algo, aunque fuera no tocarlas. Tales huellas no están todas, ni mucho menos, solo en los recuerdos de quien está de duelo, como lo supone *Duelo y melancolía*” (p.164).

Finalmente, Allouch afirma que el duelo debe problematizarse en función del carácter único e irremplazable de todo objeto, en lugar de su sustituibilidad. Con su versión, Freud ofrece la esperanza de recuperar lo perdido, pero cabe preguntarse si está

recuperación se produce a través de un sustituto o si depende de otorgarle al objeto un estatuto diferente.

- **Sobre el des-tiempo**

La experiencia del duelo introduce una profunda alteración en la percepción singular del tiempo, una dimensión que resulta compleja de articular. La temporalidad puede manifestarse en una aparente inmovilidad, donde los instantes se estancan indefinidamente, solo para que, de forma súbita, se perciba el transcurso de meses o incluso años. Este *destiempo* sugiere una fractura en la linealidad cronológica, lo que Cano (2021) describe como un desgarramiento que contribuye a la insoportabilidad del proceso.

En contraste con esta experiencia subjetiva de la temporalidad en los momentos de duelo, la temporalidad compartida en la época actual impone un marcado imperativo de productividad y eficiencia, el cual colisiona directamente con el ritmo de la experiencia del duelo. La lógica social contemporánea tiende a no tolerar la *pérdida de tiempo* que demanda el proceso de luto. Se espera una rápida *resolución* del duelo —lo que se conoce como *hacer el duelo*— para que el individuo pueda reincorporarse sin demoras a las exigencias productivas. El dolor es, en cierto modo, compelido a ser reprimido o a ser *enterrado con el muerto*, dando lugar a una suerte de muerte seca del proceso afectivo.

Este imperativo no se limita exclusivamente al duelo por una pérdida significativa, sino que se extiende a cualquier experiencia generadora de malestar. La consigna imperante es *pasar la página*, sin permitirse un detenimiento en la elaboración de afectos displacenteros. Esta presión social se entrelaza con el ideal de una existencia desprovista de sufrimiento. En consecuencia, cualquier manifestación duradera de dolor corre el riesgo de ser patologizada, exigiendo su pronta eliminación en pos de una funcionalidad ininterrumpida.

La experiencia analítica y la posición del analista

Cuando, en el amor
pido una mirada,
es algo intrínsecamente
insatisfactorio y
que siempre falla porque
nunca me miras desde donde
yo te veo (Lacan, 1994, p. 109)

Algunos autores, como Battista (2011), sostienen que la operatoria del duelo no es ajena al proceso analítico, e incluso proponen una semejanza fundamental entre ambos por el hecho de que ambos concluyen. Allouch (2011) también lo sugiere en su obra. Sin embargo, podríamos matizar esta afirmación. Quizás la verdadera semejanza no resida tanto en su mera conclusión, sino en el modo en que lo hacen: tanto el duelo como el análisis pueden arribar a un final, pero uno que inevitablemente deja restos inasimilables. No se trata de una clausura total, sino de una integración de lo irresoluble.

La práctica analítica nos invita a recuperar una forma de escucha que prescinde de la imagen, va más allá de ella. Cuando se oye a un sujeto, se escucha como se organiza su erótica. La erótica se refiere a la posición del sujeto en relación al Otro. Justamente Lacan (2006) expresa que él no desarrolla una psico-logía sino *una praxis que merece el nombre de erotología*. Para *mirar* verdaderamente en el análisis, es preciso dejar de *ver* en el sentido de lo visible o lo aparente. El analista, a partir de los dichos del analizante, opera puntuando, señalando y recortando el discurso. Este gesto habilita un tiempo y un espacio particulares, facilitando un reconocimiento que podríamos describir como una *erótica de las palabras*, donde el sentido emerge de la resonancia y el equívoco.

El desafío último de un análisis radical, entonces, en aprender a vivir con las carencias constitutivas de la existencia, sin sucumbir a la ilusión de tener que colmarlas. Intentar llenar esas faltas es, en el fondo, ilusorio. La vida se erige sobre un fondo de pérdida inerradicable. El duelo, entonces, se despliega no sólo ante un objeto perdido, sino ante la ausencia fundamental de un ser que se presume completo. Así, el análisis invita al sujeto a habitar ese vacío para desde allí crear un nuevo modo de ser y estar en el mundo.

Habiendo revisado los planteos a propósito del duelo, los aspectos que problematizan el carácter de lo sustituible es contradicho por la propuesta epocal. La época, de hecho, pareciera ir a contrapelo al posibilitar el encuentro con un sustituto.

Podríamos decir que, incluso, el uso de inteligencia artificial emerge bajo un formato de intercambio o chat que emula la interacción con un otro. En este punto, no solo se abre la posibilidad de sustituir la pérdida, sino que se propicia el encuentro con un no-otro que opera como mero reflejo. Si como analista se está advertido de esto entonces todo lo que se presente como sustitutivo abre una pregunta. En este sentido, el duelo es necesario y posible cuando lo sustitutivo falla.

Para sintetizar, este ensayo ha recorrido fundamentalmente las elaboraciones de Freud, Lacan y Allouch.

Desde Freud, el duelo fue conceptualizado como un trabajo psíquico que implicaba desprender la libido de un objeto perdido para investir uno nuevo, diferenciándolo de la melancolía por su carácter *normal*. Sin embargo, esta visión de la sustituibilidad del objeto, aunque presente en otros de sus escritos, contrasta con otros artículos donde sitúa que ciertas pérdidas dejan un vacío *inconsolable e irremplazable*. Esta contradicción abre la puerta a una comprensión más profunda.

Más adelante, Lacan le otorga al duelo una función estructural en la constitución del sujeto. Para él, la pérdida no es solo de un objeto, sino de lo que ese objeto significaba para nuestra propia existencia, produciendo un *agujero en lo real*. Lo que realmente duele es la irrecuperable singularidad de la relación que se ha roto, esa cualidad de haber sido *la falta* del otro. El duelo, entonces, se mueve más allá de lo meramente imaginario, tocando la esencia de nuestra propia castración y la imposibilidad de colmar una falta constitutiva.

La obra de Allouch plantea que el duelo ya no puede entenderse como un trabajo sino que supone el estatuto de acto que inscribe en el sujeto una pérdida irreparable frente a la *muerte seca*. Además, analiza las razones por las que la versión freudiana fue implícitamente aceptada y ubica al duelo como un acto sacrificial, la entrega de *un pequeño trozo de sí*, un movimiento en el cual la entrega de un trozo de sí mismo es la condición central. Este acto distancia al duelo de la recuperación del objeto, para concebirlo como un proceso constituyente del sujeto, donde la pérdida se subjetiva no por la aparición de un sustituto, sino por el nuevo posicionamiento del sujeto frente a la ausencia.

Asimismo, se alude a la relación entre el duelo y la experiencia analítica, en la similitud de sus procesos de cierre. Ambos, duelo y análisis, llegan a un final que deja restos inasimilables. No se trata de un cierre total, sino de la integración de lo irresoluble.

Como se ha mencionado, la tecnología ofrece herramientas de fácil acceso que invitan a reconstruir digitalmente a los ausentes, replicando su voz e imagen, e incluso simulando un diálogo. Esta capacidad de generar un *doble* tecnológico de quien ya no está, plantea interrogantes sobre su impacto en la vivencia del duelo. En este sentido, un mundo donde la *muerte seca* impone la negación del duelo y la celeridad, los intentos de replicar lo perdido a través de estos medios no solo son fútiles, sino que obstaculizan la elaboración, la que solo ocurre cuando la realidad misma *se desfallece* ante el impacto de la ausencia.

Lo perdido es mucho más que una voz o una imagen porque lo que atañe a la pérdida en estos términos, no es solo a Otro sino a uno mismo en relación al Otro. Quizás allí, haya algo que no pueda replicarse porque es imposible de imitar.

Así, la experiencia analítica da lugar a que el sujeto pueda dar voz a lo inaudible de su sufrimiento, explorando las profundas implicaciones de la ausencia en su propia

constitución y resignificando su relación con lo perdido. Lejos de ofrecer una solución rápida, proporciona un espacio que introduce una temporalidad fuera de tiempo.

Referencias bibliográficas

- Allouch, J. (2011). *Erótica del duelo en tiempos de la muerte seca*. Buenos Aires. El cuenco de plata.
- Battista, A. (2011). El problema del duelo. *Desde el Jardín de Freud*, (11), 17–30. Escuela de Psicoanálisis Sigmund Freud de Rosario. <https://revistas.unal.edu.co/index.php/jardin/article/view/27214>
- Cano, V. (2021). *Dar (el) duelo: Notas para septiembre*. Buenos Aires. Editorial Galerna.
- Freud, S. (1929, 12 de abril). Carta a L. Binswanger en *Epistolario 1873-1939*. Madrid. Biblioteca Nueva.
- Freud, S. (año). *Duelo y melancolía*. Tomo XIV. Buenos Aires. Amorrortu editores.
- Freud, S. (2013). Sobre la más generalizada degradación de la vida amorosa en *Contribuciones a la psicología del amor*, II. Tomo XI. Buenos Aires. Amorrortu editores.
- Freud, S. (2013). Sobre un tipo particular de elección de objeto en el hombre en *Contribuciones a la psicología del amor*, I. Tomo XI. Buenos Aires. Amorrortu editores.
- Freud, S. (2013). *La Transitoriedad*. Tomo XIV. Buenos Aires. Amorrortu editores.
- Foucault, M. (1984). ¿Qué es un Autor?. *Conjetural*, 4, 87-111.
- Lacan, J. (1994). Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis. En *El seminario*. Libro 11. Paidós. (Seminario dictado en el año 1964).
- Lacan, J. (2006). La angustia. En *El seminario*. Libro 10. Paidós. (Seminario dictado en los años 1962/63).
- Lacan, J. (2006). El deseo y su interpretación. En *El seminario*. Libro 10. Paidós. (Seminario dictado en los años 1962/63).